

## LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

6 de agosto de 2018

2Pe 2 1, 16-19; Mc 9, 2-10

Este evangelio que acabamos de escuchar, hermanos y hermanas, nos muestra la gloria celestial de Jesús. Ocurre, según decía el evangelista, *en una montaña alta*. Es una indicación que tiene un valor simbólico, que va más allá de la concreción geográfica. Nos remite a otros pasajes de la Biblia en los que Dios se manifiesta en la *montaña*, y de una manera particular nos remite a la *montaña* del Sinaí, el lugar por excelencia donde Dios dejó oír su voz e hizo la alianza con su pueblo. La referencia al Sinaí queda aún más subrayada por la presencia, junto a Jesús, de dos figuras capitales de la antigua alianza, Moisés y Elías, a los que Dios se manifestó en aquella *montaña* santa. Además, el evangelista habla de *una nube que los cubría*. Esta *nube*, también según la tradición bíblica, expresaba la presencia activa de Dios y evocaba la *nube* que acompañó a los hijos de Israel durante la travesía del desierto (cf. Ex 13, 22).

Todo el marco, pues, donde se produce la transfiguración nos habla de presencia de Dios, de revelación. En el centro, está Jesucristo; su cuerpo humano y sus *vestidos fulgurantes* transparentan de su divinidad. Antes de su pasión, la pedagogía divina quiso que los tres discípulos testigos de la transfiguración, Pedro, Santiago y Juan, pudieran vislumbrar un poco el misterio de Cristo, antes que con la resurrección de entre los muertos este misterio quedara plenamente manifestado. Los tres apóstoles deberían acompañar a Jesús por las tinieblas de la pasión, pero antes les es concedido entrever *la gloria que le corresponde como hijo único del Padre* (Jn 1, 14). *De la nube salió una voz*, explicaba el evangelista san Marcos. Es la voz del Padre. Y es la única palabra que Dios dice a la humanidad reportada por los evangelios: *Este es mi Hijo, el amado, escuchadle*. Los tres apóstoles reciben del Padre la declaración fundamental de la fe cristiana: Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios. Y, por eso hay que escucharlo; es decir, acoger sus enseñanzas para hacerlas vida; para que el pensamiento quede imbuido de su palabra, el corazón suavizado con su enseñanza y las obras estén empapadas. Los tres apóstoles reciben esta revelación del Padre para que lo enseñen a todos.

*En la montaña alta del Sinaí* Dios dio la Ley a Moisés para que regir la vida del pueblo de la primera alianza. Y, en momentos de crisis, Elías la defendió, esta ley, con un gran celo. Ahora, sin embargo, la transfiguración nos dice que la Ley ya no se encuentra en unas tablas de piedra. La nueva Ley es Jesús, empapada del Espíritu Santo y toda ella imbuida de amor. Moisés y Elías, que habían hablado con Dios en el Sinaí, ahora, hablando con Jesús dan testimonio de la nueva Ley para la nueva alianza. Todo el que tiene hambre y sed de cosas altas, sólidas, profundas, escuchando a Jesús las podrá saborear.

Cuando los tres apóstoles reflexionaron más tarde, después de la pasión de Jesús, sobre la experiencia que habían hecho en aquella *montaña*, comprendieron que la transfiguración había sido un signo profético de la resurrección del Señor. Y que era un estímulo para seguir a Jesucristo por el camino de la vida, con todas las dificultades que les suponía, con la esperanza puesta en el término glorioso inaugurado en la Pascua.

He dicho al inicio que el evangelio que hemos proclamado nos muestra la gloria celestial de Jesús, anticipada antes de adentrarse en la pasión que le llevará a la muerte en cruz. Pero este evangelio nos muestra, también, la vocación que hemos recibido y el término hacia el cual se encamina esta vocación. Es la vocación de contemplar en la fe la gloria de Jesucristo y de escuchar con oído bien atento (cf. RB Prólogo, 9) cada día su palabra para hacerla vida siendo dóciles al Espíritu Santo y poniendo el amor a Dios y a los hermanos por encima de todo. La gloria de Jesucristo transfigura nuestra realidad pequeña y débil en hijos de Dios. Y transfigura el tiempo de nuestra existencia en tiempos de comunión con Dios, en anticipación de la gloria futura a la que estamos llamados. El cuerpo de Jesús transfigurado prefigura la realidad última que el Padre nos quiere dar un vez hayamos superado el umbral de este mundo. Mientras estamos en esta vida mortal, la luz de la transfiguración del Señor, no sólo nos permite ver nuestra vida desde una perspectiva nueva y profunda, sino que nos hace ver la historia y a cada persona empapadas del amor de Dios y llamadas, también, a ser transfiguradas al final de los tiempos por don de Cristo resucitado.

Descubrir en profundidad la persona de Jesucristo y dejarse fascinar por él, mueve a poner en práctica la voz del Padre. A escucharlo para hacer vida su palabra y para corresponder con amor al amor con que nos ama. Aquí está el origen de la vida monástica. Los monjes siempre hemos vivido con una intensidad espiritual particular la fiesta de la transfiguración de Jesucristo. Nos hemos sentido llamados a estar con él para conocerlo más y más, para escuchar asiduamente su palabra, para dejar que transforme nuestra vida. Esto nos ha llevado al monasterio para encontrar un espacio de silencio y una comunidad de hermanos que nos ayude a tener siempre los ojos y el corazón fijos en Jesucristo. Que nos ayude a perseverar en el trabajo espiritual para ir superando todo lo que en cada uno hay de opuesto al Evangelio y transformando, transfigurando, el propio interior para llegar a hacerlo parecido al de Jesucristo. Y esto no por egoísmo sino para responder a la vocación que hemos recibido y para dar a los demás lo que hemos experimentado en nuestro combate espiritual y en nuestra contemplación orante de la Palabra de Cristo.

Hoy damos gracias a Dios por haber acompañado en el camino a tres de nuestros hermanos que hoy hace cincuenta años tomaron el compromiso de vivir como monjes en nuestra comunidad. Y damos gracias, también por haberles concedido la fidelidad fundamental a la vocación que recibieron. Son los PP. Jordi Molas, Carles M. Gri y Jordi Castanyer. También profesó con ellos un hermano del P. Jordi Castanyer, Josep, que después de unos años dejó el monasterio y hace poco murió víctima de una enfermedad cancerosa; siempre conservó una gran estima por Montserrat. Hoy lo confiamos al amor misericordioso del Padre. Los tres monjes que hoy celebran el jubileo, desde responsabilidades diversas, han entregado su vida a Montserrat y han ejercido un servicio pastoral que ha ayudado y ayuda a muchas personas. Al unirnos a su acción de gracias, los acompañaremos con nuestra oración ahora que, con alegría renovarán su compromiso monástico.

Que el Cristo resucitado vaya continuando la obra que inició en ellos en el momento de su bautismo y de su profesión monástica para que en la comunidad de los hermanos y en la Iglesia entera sean testigos de la obra transformadora, transfiguradora, que Dios quiere realizar en todos los que ha llamado a la existencia.

Tras la renovación del compromiso monástico de nuestros hermanos, celebraremos la liturgia eucarística. El Cristo resucitado estará presente en la simplicidad del pan y del vino pero con toda la gloria que le corresponde como Hijo único del Padre. Y vendrá a

nosotros para ayudarnos a ir transfigurando nuestra vida, en bien nuestro y de toda la humanidad.